

LA HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL

Segunda parte

*El Mundo
Americano Precolombino*



HERNANDO GAITAN L.

En el territorio que hoy es Colombia habitaban numerosos pueblos indígenas que formaban parte, en lo general, de las dos grandes divisiones en que se ha convenido ubicarlos, según el esquema más autorizado y reciente. Estas dos grandes agrupaciones aborígenes estaban constituidas por los Caribes y los Chibchas o Muiscas.

La gran familia Caribe, que habitaba las Antillas y las costas vecinas, fue un pueblo de hábiles navegantes que se instalaban en las proximidades del mar que lleva su nombre y a las orillas de los ríos. Algunos de sus congéneres, procedentes de Venezuela en su mayor parte, se adentraron por tierras de Colombia y ocuparon valles interandinos desplazando a su paso a otras tribus que no pudieron contener su impetuoso avance. Estos invasores eran de talla que fluctuaba entre 1m, 58 y 1m, 60 en los hombres y en las mujeres de 1m, 45 solamente. Dedicados a la pesca, la caza y la guerra formaron un pueblo de temperamento belicoso e indomable, de gran capacidad combativa y de espíritu sanguinario. Su fama rebasó las fronteras geográficas y su nombre ha pasado a la historia como exponente de refinada crueldad y de inaudita fiereza. Sus continuas expediciones no perseguían conquistas territoriales sino que se inspiraban en el pillaje y la destrucción. Un cronista de la Conquista manifiesta la sorpresa que experimentaron los españoles que penetraron de improviso en un poblado Caribe, al comprobar que

los hombres y las mujeres hablaban lenguas diferentes. Por el intérprete vinieron a enterarse que las mujeres pertenecían a otra tribu vencida por los Caribes, que exterminaron hasta el último hombre incluyendo los ancianos y los niños.

En ellos, como en los demás pueblos de América Precolombina, el medio circundante ejerció su inevitable acción modeladora y fue así como se hicieron presentes en distintas regiones con modalidades y manifestaciones económicas diferentes. En algunas regiones, asimilando los avances agrícolas de otras tribus, aprovecharon los recursos naturales y mejoraron su dieta alimenticia. Pero dentro del marco estrecho de su concepción sólo puede asignárseles comprobada habilidad en el arte de la cestería. Sus utensilios domésticos eran muy rudimentarios y para la caza se valían de las mismas armas que empleaban en la guerra. Sus flechas y picas de madera eran endurecidas al fuego y emponzoñaban las puntas de sus dardos, hechos de espinas de peces o de piedras afiladas. Sus embarcaciones construídas de un solo tronco de árbol eran capaces de transportar hasta cincuenta personas y la forma que les daban las hacían muy aptas para imprimirles rapidez en los movimientos. La construcción de sus medios de navegación y de sus habitaciones, testimonio y caracteriza la expresión y los sentimientos propios de los pueblos conquistadores.

La lengua caribe ha dejado multitud de voces en Venezuela y Colombia, extendiéndose algunas por todo el continente, como ají, arepa, bahareque, baquiano, bohío, nigua, tuna. Otras han pasado al español peninsular desde la conquista: batea, bejuco, butaca, cabuya, comején, maní, mico, nagua, tiburón y algunas pertenecen hoy al vocabulario universal: cacique, caimán, canoa, caucho, cazabe, cocuyo, curare, guayaba, hamaca, huracán, iguana, maíz, manatí, piragua, sabana, tabaco, yuca.

Conforme a los historiadores colombianos que han profundizado en la cultura caribe, estos poseían una sólida organización política, afirmada en el poder aristocrático, en la influencia sacerdotal, en el respeto a los principios religiosos, en el acatamiento a las leyes y en la adhesión a las antiguas costumbres.

Los principios religiosos de los Caribes, como los de la gran mayoría de las tribus y pueblos americanos, se asentaban en los grandes fenómenos de la naturaleza. Las tempestades, el rayo, el trueno, a pesar de su frecuencia en el continente americano, despertaba en ellos un innato terror y no lograron jamás familiarizarse con sus terribles efectos. Tenían, sin embargo, la conciencia de una vida mejor en el más allá, y su valor ante la muerte estaba determinado por el convencimiento de que esta era solo el principio de un viaje hacia lo desconocido. Los sacrificios humanos y la presencia en las tumbas de flechas, ar-

mas, vestidos y alimentos, han dado tanta firmeza a esta teoría, que ya nadie pone en duda que los indios de las Américas tenían conciencia de la existencia del alma.

Conscientes de sus principios religiosos y celosos de mantener su libertad a toda costa, los Caribes se enfrentaron a sus conquistadores en defensa de su heredad, presintiendo la esclavitud en que fueron cayendo los pueblos pacíficos uno a uno. Tras un largo batallar fueron por fin vencidos y hoy solo arrastran su precaria existencia débiles restos de la que otrora fuera la grande y respetada familia que señoreaba el mar que lleva su nombre.

En las altiplanicies andinas los Chibchas organizaron sus asentamientos y desarrollaron una cultura a la que se ha asignado un tercer lugar en la América Precolombina, después de los Aztecas y los Incas. Y así como se ha afirmado que culturas anteriores tuvieron lugar en estas dos regiones, también se atribuye a los Chibchas antepasados muy anteriores a la aparición de Bochica. Respecto de la gradación acordada, el testimonio documental y los vestigios que han venido apareciendo en las distintas regiones donde discurrió la vida de estos pacíficos y laboriosos agricultores, han confirmado la justicia de esta catalogación histórica.

El historiador argentino Diego Barros Arana otorga a los Chibchas la calidad de pueblo poseedor de condiciones superiores a sus vecinos: "En

la altiplanicie central de la república actual de Colombia que rodea a su capital, existía una nación numerosa de indios semicivilizados que se denominaban Chibchas o Muiscas. Estos pueblos tenían una forma regular de gobierno, un tribunal establecido para juzgar y castigar los crímenes, y leyes que conservaban la tradición. El soberano gobernaba con poder absoluto, y era respetado como un ser de naturaleza superior. La civilización naciente de aquel estado comenzaba a irradiar lentamente sobre los países comarcanos".

Sobre una extensión superficial de 30.000 kilómetros aproximadamente, que se extendía a lo largo de los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá y parte de Santander, desarrollaron una agricultura que se caracterizó no solamente por su instinto selectivo para aprovechar la tierra sino por los utensilios y herramientas que idearon para su eficaz explotación. Por su régimen de gobierno, los tejidos de algodón, la alfarería y la orfebrería, su concepto religioso y sus instituciones sociales y políticas, habrían podido con el tiempo realizar una civilización.

Fueron característicos de estos pueblos, una legislación a base de preceptos que propendía por el respeto a la vida y honra de los afiliados; la protección y conservación de los bienes de la comunidad y el fortalecimiento de las instituciones; una política de trueque para sus operaciones comerciales; una concepción colectiva

de la propiedad y explotación de la tierra; una noción precisa entre el derecho divino y el derecho natural, y por último, una contextura moral que los llevaba a reprobar el homicidio, el adulterio, la mentira, la cobardía, el lujo y la pereza.

Fueron también manifestaciones culturales de estos pueblos algunas que todavía persisten en sus descendientes a través del tiempo. Entre ellas destaca el cultivo de la música que ejercitaban con "delectación espiritual en torneos de triunfo galardonado y muy apetecido", (Escrutinio Sociológico de la Historia de Colombia. — Luis López de Mesa). El canto, que según Lucas Fernández de Piedrahita, en su Conquista del Nuevo Reino de Granada, practicaban en su propio idioma y que tenía cierta medida y consonancia, a manera de los villancicos y endechas de los españoles.

Los renglones principales que sustentaban su política de trueque eran la sal, el oro, las esmeraldas y los vestidos elaborados con algodón. Sus procesos de trabajo en la producción agrícola y en las industrias extractivas, permiten entrever un alto grado de ingenio e inventiva.

Pero donde su cultura sobresale muy poco, es en la construcción de habitaciones, dado que los implementos de que se valieron, el barro y el bambú, no les permitió alcanzar los niveles tan altos que la piedra brindó a Aztecas e Incas, para gloria de la América Precolombina.

A diferencia de los Caribes, estos pueblos de temperamento manso y devotos de la tierra, fueron presa fácil de los conquistadores y sucumbieron sin mayor espíritu de sacrificio.

Según Walter Frickeber, a la llegada de los españoles se estaba gestando entre los Chibchas la teoría política de centralizar el poder y reunir bajo un mando unificado a las tribus más pequeñas: "En las tradiciones que tratan de la historia del altiplano de Bogotá, se nota a las claras que ya existía cierta tendencia de acabar con el particularismo de los pequeños Estados típicos de las tribus Chibchas, y lograr la constitución de un Estado centralizado. A pesar de que el Zaque y el Zipa tenían que contar todavía con la rivalidad de varios príncipes soberanos, entre los que el más poderoso era el cacique de Iraca, llamado Sogamoso, ya los había relegado a un papel secundario. Estos dos príncipes estaban comprometidos, desde algún tiempo antes, en una lucha por la supremacía, en la que la victoria se estaba inclinando del lado de Tisquesusa, último príncipe de Muikitá, cuando aparecieron los españoles. Anteriormente, el Zaque tenía la supremacía. Su título de soberano se fundaba en razones religiosas, porque se le consideraba como la encarnación del Dios solar, mientras que el Zipa y el Sogamoso se consideraban como encarnaciones de la diosa lunar. También el cacique de Guatavita, a quien el Zipa ya había sometido, se decía descendiente de uno de los dos cuer-

pos celestes, se cubría todo el cuerpo, durante la ceremonia de su toma de posesión, con polvo de oro; se bañaba y ofrecía sacrificios después en el lago de Guatavita, lo que dió origen a la leyenda de El Dorado. Esta justificación de la dignidad soberana es característica de todos los pueblos civilizados en la región andina”.

Los conocimientos que se han podido allegar sobre los pueblos que conquistaron los españoles en el actual territorio colombiano, aun cuando insuficientes, permiten deducir que estos aborígenes habían alcanzado un conocimiento bastante exacto de las posibilidades agrícolas del suelo y sobre los medios de su explotación; su organización socialista del trabajo y su sentido de agremiación consultaban las necesidades reales de su condición económica; sus tendencias artísticas, sus sentimientos religiosos, y, sus relaciones de intercambio comercial y cultural, permiten suponer, como ya se dijo anteriormente que estas muestras autóctonas y por demás variadas, de sus estructuras políticas, económicas y sociales, habrían seguramente alcanzado los contornos de una civilización americana.

Con la desaparición bajo el fuego y la espada de muchos de los testimonios que pudieran aclarar o explicar la existencia de dos estados tan importantes como Méjico y el Perú, la solución del dilema de las culturas anteriores a la etapa del descubrimiento, continúa muy alejada del campo de las posibilidades inmediatas.

Como testimonio de las dudas que subsisten a este respecto hallamos en la obra de Nardaillac “Les Premiers Hommes”, en el capítulo VIII, los siguientes conceptos: “La existencia del continente americano era desconocida a los egipcios, a los chinos, a los fenicios, a los griegos y a los romanos. Los historiadores de estas diversas naciones no hacen la menor mención de esta vasta porción de nuestro globo; y los primeros conocimientos serios que acerca de ello tuvieron los europeos, datan de la conquista española comenzada al terminar el siglo XV de nuestra era. En ese momento la América estaba poblada desde el Océano Artico hasta el Cabo de Hornos, desde las riberas del Atlántico hasta las del Pacífico, por millones de hombres que presentaban por su aspecto físico y por su estado social, rasgos característicos en contraste completo con los habitantes del antiguo continente. Hablaban centenares de dialectos en sus vocabularios pero todos igualmente extraños a las lenguas de Europa y Asia. Su manera de numeración, su sistema astronómico, el modo de contar el tiempo, diferían igualmente de los que usaban los europeos. Todo era nuevo para estos”.

Desde el descubrimiento hasta nuestros días, los investigadores de historia han ensayado todos los procedimientos aconsejables para descubrir el origen de los pobladores del Nuevo Mundo: las analogías o coincidencias de ideas y costumbres; los estudios antropológicos; las investigaciones li-

güísticas y el examen de las tradiciones históricas, de los monumentos y de las ruinas. La observación de los caracteres fisiológicos de los americanos y la comparación científica de las lenguas, así como las conquistas de la geología y de la paleontología, han determinado deducciones que en manera alguna resuelven el origen de la población americana. Las conclusiones a que se ha llegado se resumen en los siguientes puntos:

1º Los hombres que habitan América desde tiempos tan remotos, no siendo posible encuadrarlos en ningún sistema cronológico, se les ha dado la denominación de prehistóricos y solo pueden compararse con los períodos geológicos.

2º La civilización americana, tan vieja en sus orígenes como las antiguas civilizaciones de los otros continentes, no es exótica. Se ha formado y desarrollado en su suelo y ha pasado por alternativas de adelanto y retroceso que produjeron en un largo transcurso de siglos, la grandeza, la decadencia, la caída y la reconstrucción de vastos y poderosos imperios.

3º Las lenguas americanas parecen igualmente formadas en este continente. Y no solo no pueden asimilarse o acercarse a las de los otros continentes a cuyas poblaciones se les atribuía origen común, sino que estaban divididas en lenguas enteramente diversas entre sí e irreductibles a un centro lingüístico único.

Con todo, los científicos no parecen arredrarse ante las dificultades y pro-

siguen su incansable tarea investigadora en busca del origen del hombre americano. El departamento de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, un año y medio después del hallazgo en Tlapacoyan de los restos de un cráneo humano, lanzó en octubre de 1969 un comunicado es el cual manifiesta que el cráneo del Hombre de Tlapacoyan, como se le llama, corresponde a un Homo Sapiens que vivió hace unos 24.000 años, miembro seguramente de las primeras oleadas migratorias pertenecientes a un grupo que se ha descrito como pre-amerindio, pre-mongoloide y pre-melanésico. Para sustentar su teoría, el Jefe del Departamento de Prehistoria, doctor José Luis Lorenzo, argumenta que "las pruebas de fechamiento relativo -capacidad terrestre en que se encuentra el resto, contenido de fluor y de nitrógeno de los huesos (el hueso capta fluor del suelo mientras que pierde nitrógeno), objetos a su alrededor, etc.- arrojan la edad antes mencionada de 24.000 años en cifras redondas". Para el "fechamiento absoluto" falta sin embargo la prueba del carbono 14 con el cráneo propiamente dicho, para comprobar una de las más importantes teorías sobre la relación que pueda existir entre los primitivos americanos y los hombres cuyos restos fueron hallados en la "cueva superior" de Choukou. Tien cerca de Pekín.

BIBLIOGRAFIA

- 1) Historia de las Colonizaciones
René Sedillot.

- 2) Suramérica
Ernest Sanhaber.
- 3) Explorador Maya
V́ctor Wolfgang von Hagen
- 4) Historia de Aḿrica
Diego Barros Arana.
- 5) La aventura de los primeros descubrimientos, audacia y heroismo de los descubrimientos modernos.
Paul Hermann.
- 6) Los indios de las Aḿricas
John Collier.
- 7) Historia de la Cultura en Aḿrica Hispana
Pedro Enrique Ureña.
- 8) Historia de la esclavitud
Luis Bonilla.
- 9) Historia Económica de Colombia
Jorge Echeverri Herrera.
- 10) Eserutinio Socioĺgico de la Historia Colombiana.
L. Ĺpez de Mesa.
- 11) Economía y Cultura en Colombia
Luis Eduardo Nieto Arteta.
- 12) Les Premiers Homes
Nardaillac.

APSA

AEROLINEAS PERUANAS

Europa, Norte, Centro y Suramérica

Carrera 10a. No. 27-17 Tel. 345925 - 345944